

Fresco de una tumba tebana en que se reproducen unos campesinos egipcios recogiendo la cosecha de cereales. El trabajo encaminado a aprovechar los recursos de la naturaleza obligó al hombre al sedentarismo.

La evolución de la sociedad y la economía antiguas a partir del neolítico

por ANTONI JUTGLAR

Es prácticamente imposible hablar de Historia sin hacer referencia a los supuestos y realidades fundamentales que generan los diversos sistemas sociales, económicos y políticos que, en el marco concreto de unas ordenadas de espacio y tiempo, han venido configurando las distintas manifestaciones de la cultura y la civilización. En resumen, la Historia es el conjunto constante, sucesivo y trabado de la evolución de la economía y la sociedad a partir del momento en que el hombre aparece como tal en la superficie de la Tierra.

En este sentido, la Historia es inseparable del complejo proceso de crecimiento, desarrollo y progreso que preside la larga, difícil y muchas veces contradictoria trayectoria de humanización del hombre. Es decir, de las posibilidades que el hombre crea para el hombre, para sí mismo y para otros hombres, a fin de que le sea cada vez más factible realizar su proyecto, su vocación de libertad. Un proyecto y una vocación que no son términos abstractos, sino que presiden toda una compleja sociología del hombre y de la Historia. Por ello, en muchas ocasiones

TRABAJO Y PROGRESO HISTORICO

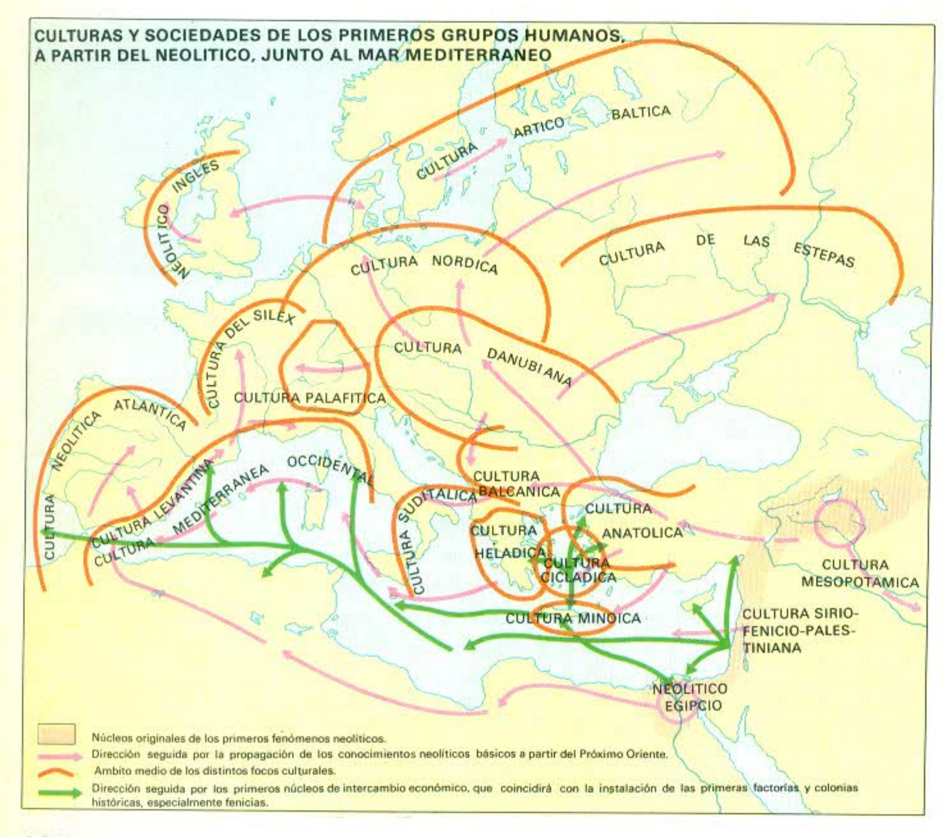
La investigación, cada vez más seria, del pasado histórico aporta materiales y datos de tipo claramente indiscutible. Así, por una parte descubrimos que el mero hecho de su existencia en el mundo, en las primeras etapas de la historia, obliga al hombre a afrontar el elemental e inevitable problema de su supervivencia. La preocupación por el hecho de mantener su existencia obliga continuamente al hombre a pensar en las innumerables exigencias de la naturaleza, de una naturaleza que, en principio, le presenta una total hostilidad, pero de la que debe sacar los recursos de sus posibilidades de pervivencia. Ello obliga al hombre a pensar siempre en las innumerables exigencias de su condición en la naturaleza y a intentar satisfacerlas con los recursos de la misma, aprovechando de mil modos distintos las posibilidades que la realidad le presenta.

Es decir, el hombre –desde un principio– vive y se desarrolla a través de este sentimiento y esta acción. Tal como han señalado autores muy distintos, el origen de todo progreso se encuentra en los problemas mismos de esta primitiva condición humana. El hombre buscará continuamente la manera de mejorar su condición primaria a través de la obtención de técnicas que le vayan permitiendo un dominio mayor de la realidad. La búsqueda de tales técnicas señala las pautas de relación entre el trabajo humano y el progreso histórico. O sea, el deseo siempre latente de mejorar la condición humana (en especial, en las primeras etapas protohistóricas, en las que el hombre se encuentra de hecho indefenso ante la realidad que le rodea) es el que hace desarrollar las técnicas que, a su vez, hacen progresar la historia. A través del progreso de las diversas técnicas mejorará la primitiva condición de los hombres. Pero al propio tiempo, y ello es importantísimo, el desarrollo de dichas técnicas actuantes sobre la naturaleza se realiza a través del trabajo.

Progreso técnico y trabajo humano son, pues, fenómenos inseparables y de ellos se deriva, de hecho, toda la historia de las relaciones económicas y sociales. En primer lugar, conviene subrayar que la medida del trabajo está en el factor que denominamos "productividad". En segundo lugar, es obligado señalar que cualquier aumento de la productividad del trabajo se mide y constituye a través del progreso técnico. Comprobamos, por tanto, como una primitiva e indefensa condición, cual es la que caracteriza al hombre primitivo, al hombre de las primeras etapas de la humanidad, no sólo moviliza elementales instintos de conservación y de supervivencia, sino que además, a través de la razón y el ingenio del hombre, pone en marcha unas líneas de progreso histórico, que se miden fundamentalmente a través del mayor dominio que el hombre va adquiriendo sobre la naturaleza, dominio que implica necesariamente la realización de un trabajo y el desarrollo de unas técnicas. De forma que no existe ningún tipo posible de desarrollo histórico sin la realización del trabajo humano y, al propio tiempo, cualquier tipo de progreso histórico real, tangible y efectivo supone la realización de un auténtico progreso técnico.

Empalmando, por otra parte, con la anteriormente apuntada relación fundamental e inseparable del progreso técnico con el trabajo humano, hasta el punto de constituir el punto de partida de todas las realidades económicas y sociales, debemos destacar ahora uno de los factores más importantes que se derivan de tal relación: el progreso técnico, desde los orígenes de la humanidad, ha beneficiado desigualmente a los hombres, originando graves desequilibrios sociales. Al propio tiempo, la forma de realizarse el trabajo, la organización y la división social del trabajo, en las que muy pronto destacaron formas coactivas y opresivas como la esclavitud, han dado pie a una serie de gravísimas tensiones que giran en torno al hecho de que no todos los hombres explotan directamente con su trabajo la naturaleza, sino que los hay que realizan tal tarea a través del trabajo de otros hombres. Fenómeno negativo y antiquísimo, que ha dado pie a innumerables y graves conflictos y tensiones sociales a lo largo de la historia.

A. J.



CULTURAS Y SOCIEDADES DE LOS PRIMEROS GRUPOS HUMANOS, A PARTIR DEL NEOLITICO, JUNTO AL MAR MEDITERRANEO

la Historia se nos presenta en principio como un conjunto de fenómenos difíciles de entender y de captar, principalmente a causa de que el proceso antes mencionado de humanización (el sentido de libertad y de progreso) aparece muchas veces enmascarado. Existen, sin embargo, unas pautas imposibles de camuflar y de esconder y que marcan las líneas fundamentales de evolución que acabamos de apuntar. En primer lugar, el hombre se nos presenta, ya en los inicios de su historia, como un ser capaz de superarse a sí mismo. Es capaz, a partir de su misma indefensión ante la naturaleza que le rodea, de encontrar los medios no sólo para su supervivencia, sino, y aquí está la clave de su grandeza, para superar continuamente su condición originaria.

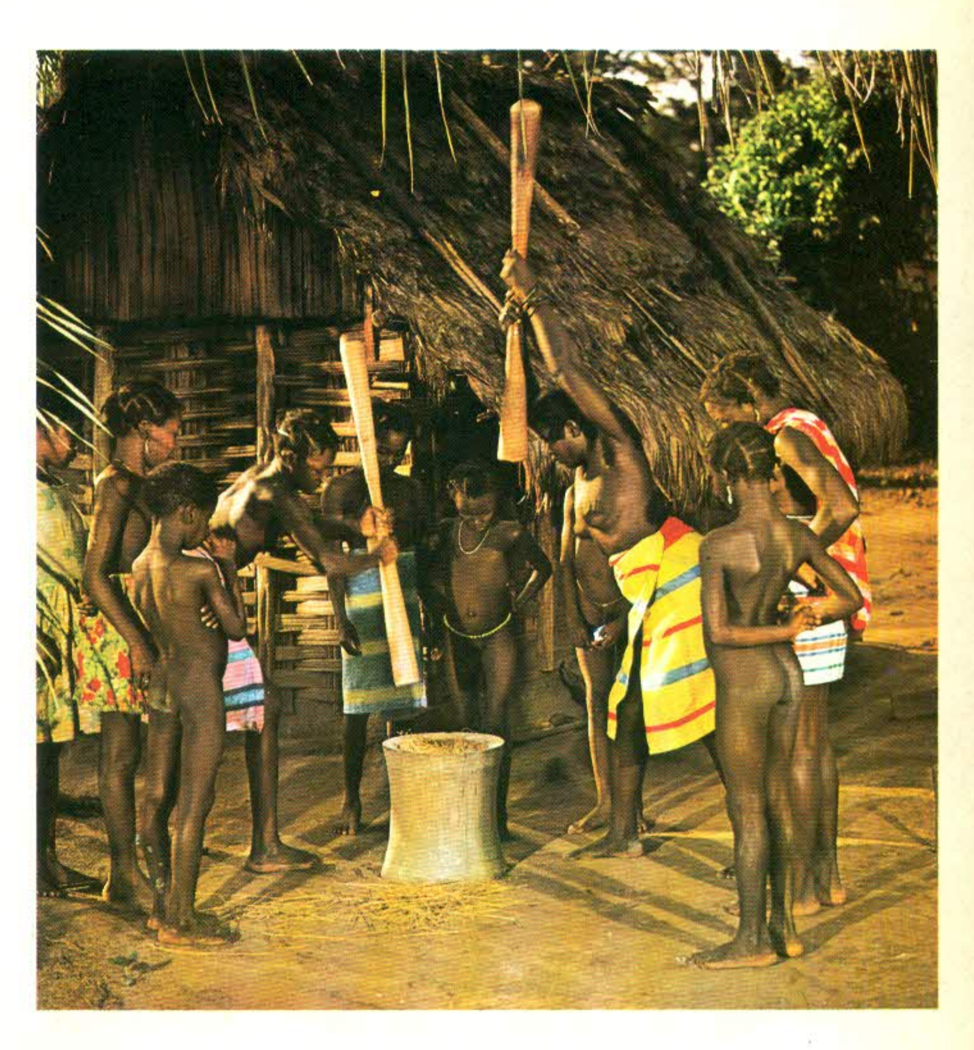
En esta capacidad, que va más allá de la lucha por la supervivencia y que supone una potencia continua por crear plataformas mejores de desarrollo de su personalidad a partir del ingenio humano, que sabe y puede aprovechar los mismos obstáculos que la naturaleza le presenta para la constitución de tales plataformas, en esta capacidad del

hombre por mejorar y superar su condición originaria radica el punto de partida de la Historia. Las sociedades animales no progresan y, por tanto, no hacen historia. Las sociedades humanas tienen historia porque, desde un punto cero, son capaces de ascender a niveles más o menos altos según los casos, constituyendo en conjunto una línea unitaria de crecimiento y de progreso que convierten en realidad al hombre en el sujeto más importante de la Tierra.

Un somero análisis de la evolución de la sociedad y la economía de los pueblos antiguos, en especial a partir del neolítico, nos confirma tales extremos. Con una posibilidad de elección, en la mayor parte de los casos muy escasa, y sujeto a muchas limitaciones de diversos tipos, el hombre de las primeras etapas de la Historia fue capaz de poner en marcha una serie de mecanismos de los que ha surgido la realidad de nuestro mundo contemporáneo. Su testimonio nos muestra, por otra parte, que si bien el hombre tiende a hacer su propia historia, tal quehacer se encuentra, en muchos casos, condicionado por una serie complejísima de obstáculos, imperfecciones y limitaciones que impiden la posibilidad plena de realizar dicha historia "tal como desearía hacerla". Se encuentra constreñido, en suma, por una serie de determinismos de tipo ambiental, circunstancial o estructural que ayudan, paralelamente, a entender el carácter dialéctico del proceso histórico.

A partir de tales supuestos, es posible subrayar desde ahora que no han existido ni existen generaciones más o menos amantes de la libertad o del progreso, o pueblos más o menos dotados para la democracia. Existen tan sólo circunstancias de muy diverso tipo que pueden hacer más o menos factibles unos anhelos de realización personal y colectiva. Y por encima, y al margen de todo ello, algo aparece como indiscutible y permanente: la vocación humana por afrontar y superar sus propios problemas y por plantear caminos de superación continuos. Es decir, el hombre es un ser que siempre aspira a más. Siempre es capaz de plantearse nuevos horizontes de perfeccionamiento. Dicho de otro modo, el hombre es un ser insatisfecho, llamado continuamente a superarse. Y aquí radica la clave de la Historia. Aquí debemos buscar el hilo conductor de la Historia, el de la recuperación continua en pos de una vocación de libertad, que parte de elementales relaciones y tensiones entre hombre y naturaleza.

El hilo remoto que podríamos recoger y dibujar aquí de manera sucinta debe enmarcarse en el cuadro modestísimo y dificilísimo de las primeras etapas que acompañan la



Nativos de Africa del Sur moliendo grano según un sistema primitivo.



Figurilla de barro cocido del neolítico medio de Rumania, denominada "El pensador" (Museo Nacional de Arte Antiguo, Bucarest). El hombre es capaz de encontrar los medios para superar continuamente su condición originaria.



Rebaño de ovejas en la Alcarria (Guadalajara). "Las sociedades animales no progresan y, por tanto, no hacen historia."

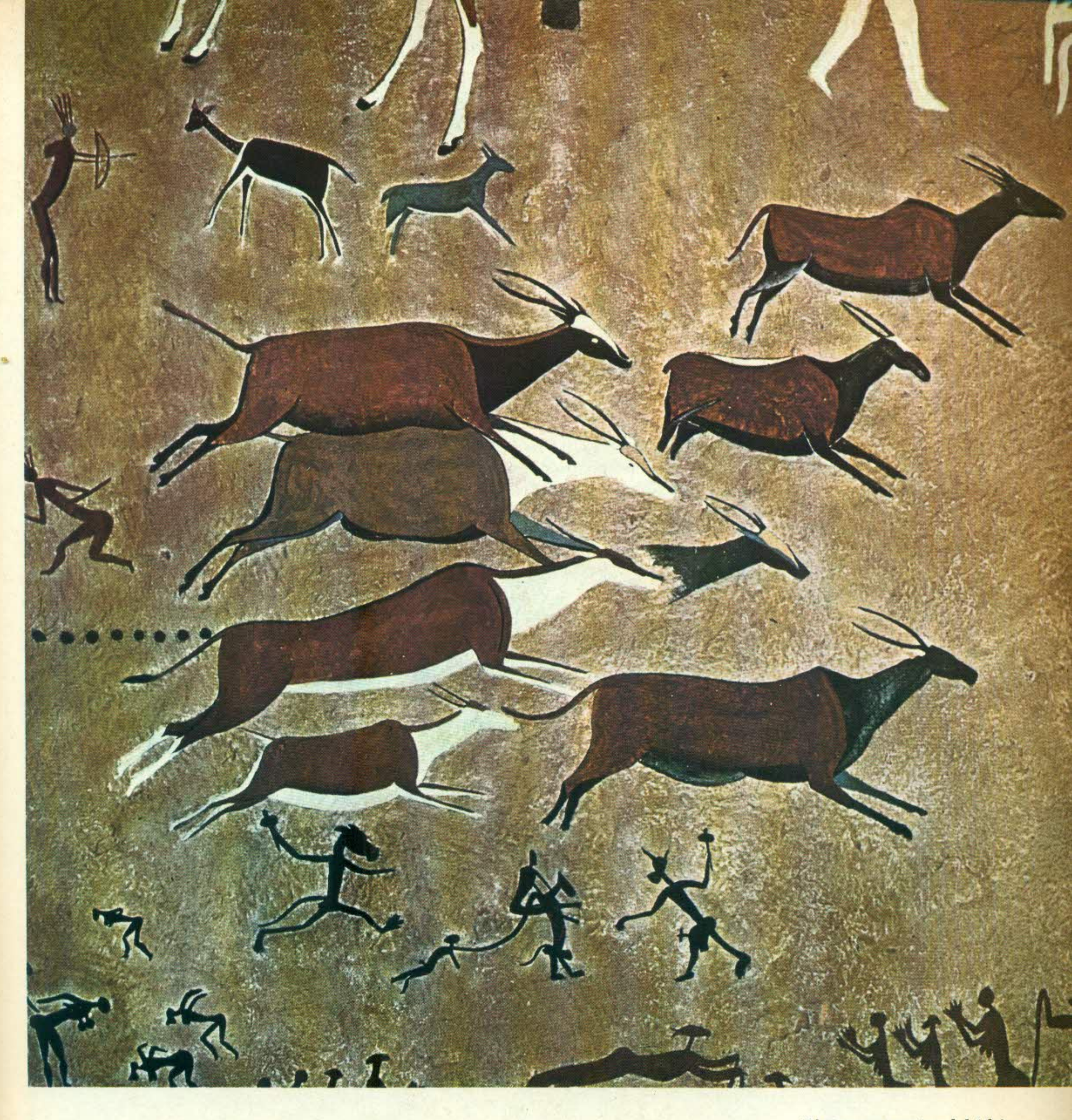
ubicación del hombre en la naturaleza, de un hombre inerme e indefenso que, a través de su ingenio y de su razón, utilizará los medios que encuentra en la naturaleza para defenderse de los obstáculos que dicha naturaleza le presenta. Así, enfrentados ante los problemas, para ellos fundamentales y definitivos, de su vivir cotidiano, los hombres primitivos, situados asimismo en unos estadios de técnica muy elemental, comenzaron por limitarse a aprovechar los recursos espontáneos que la naturaleza ponía a su alcance (recogida de frutos no sembrados, caza de animales en estado salvaje, etc.), efectuando, de esta forma, una economía de signo negativo; una economía meramente destructiva, puesto que consumían bienes sin reponerlos. No transformaban, en suma, la naturaleza a partir de las posibilidades de la propia naturaleza. En otras palabras, no producían.

En tal situación, sólo muy impropiamente puede hablarse de trabajo humano. Este iría definiéndose con gran lentitud, a medida que el hombre fuera demostrando su capacidad de pasar de estadios no productivos a otros productivos. Y esta capacidad es lo que convierte en inseparables los conceptos de trabajo y de cultura (de *colo, colui, cultum,* cultivar la tierra). En tales etapas primeras de economía negativa, destructiva, la realidad de los grupos sociales humanos giraba en torno a un nomadismo forzoso. Agotadas las posibilidades del lugar en que se hallaban establecidos, los miembros de la tribu debían trasladarse a otro sitio en busca de los medios de alimentación que escaseaban.

Lógicamente, y aunque de forma lenta, el nomadismo iría dejando lugar a formas más sedentarias, en las cuales las realidades de la cultura y del trabajo irían adquiriendo sus características más tipificables. Es decir, el trabajo supone básicamente una acción productiva sobre la naturaleza, de la cual el hombre saca un beneficio, una ventaja para su realización. El trabajo es inseparable, en



Campamento de nómadas en Afganistán. El nomadismo es el medio de vida obligado para aquellos grupos humanos que agotan las posibilidades del suelo en que se establecen.



Pintura rupestre del Africa del Sur que representa la caza del antílope (Museo del Hombre, París). El primer tipo de economía desarrollado por el hombre fue de signo negativo, puesto que consumía los recursos espontáneos de la naturaleza, sin reponerlos.

este sentido, de la técnica o forma instrumental, inventada por el ingenio humano para aprovechar los recursos de la naturaleza, de forma que de una primera etapa de supervivencia elemental se pudo pasar a otras en las que iba aumentando el posible control de algunos o de muchos hombres sobre la naturaleza. Todo ello supone avance en la acción del trabajo y en la configuración de la cultura y dibuja esta unidad fundamental del desarrollo histórico que conocemos como progreso técnico-científico, condición necesaria, aunque, como veremos, no suficiente para toda auténtica mejora de las sociedades humanas.

En el seno de esta realidad transformante, en la que el trabajo aparece como una acción humana sobre la naturaleza y en la que el progreso técnico-científico supone un aumento en la productividad del trabajo, iban a efectuarse cambios de radical importancia. En efecto, en la zona comprendida entre el Nilo y los dos grandes ríos de Mesopotamia, Tigris y Eufrates, a lo largo de un extenso

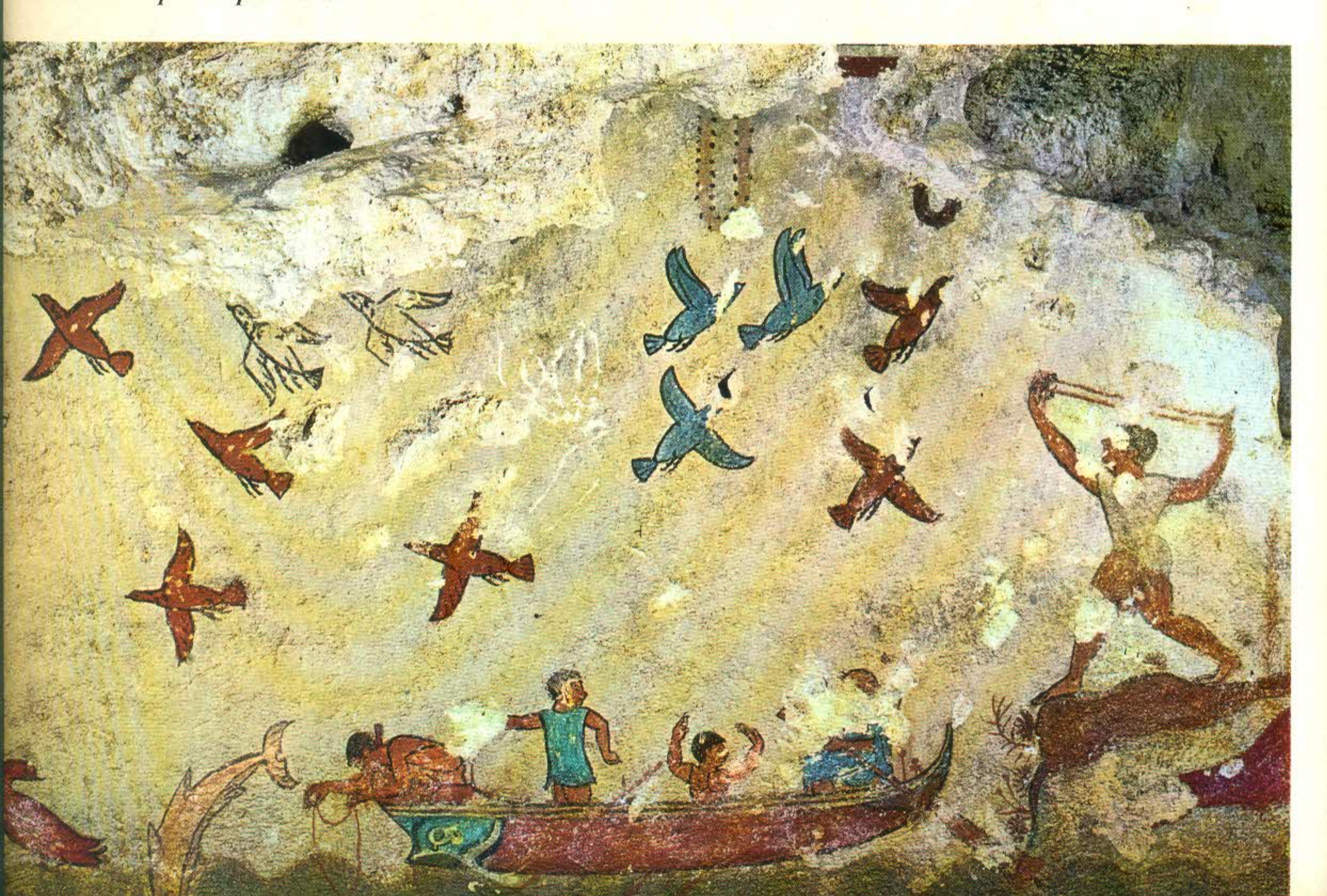
TENSIONES BASICAS DE LAS FORMAS SOCIOPOLITICAS DE LAS PRIMERAS ETAPAS HISTORICAS

Trata de equilibrar su existencia autónoma, básicamente sedentaria, sobre la plataforma de actividades artesanas y el desarrollo de un activo comercio o actividad de intercambio (en el que no se descarta una posible actividad colonial).	CIUDAD-ESTADO	IMPERIO MILITAR	Fundamentado en núcleos tribales con ciertos resabios nómadas, que basaban su economía en el pillaje, el botín de guerra y los tributos de los pueblos sometidos.

ciclo de dos mil o tres mil años de duración se produjo un conjunto de nuevas y formidables invenciones que conocemos con el nombre de "revolución del neolítico". Dichos fenómenos, de gran trascendencia, iban a cambiar el rumbo de la historia humana, señalando su entrada en una nueva civilización, la cual, siguiendo las líneas apuntadas antes, iría quedando definida por sus crecientes tendencias sedentarias, debido sobre todo al hecho de que los progresos técnicos realizados por los hombres giraron en torno a la agricultura. En efecto, la introducción de la técnica agrícola, con sus inevitables períodos de espera entre la siembra de la simiente y la recolección del fruto, implicaría unas bases de sedentarismo, que, seguidamente, irían reforzándose al comprobar la posibilidad de renovación de muchísimos productos sin necesidad de cambiar de lugar.

Al mismo tiempo, el sedentarismo, el asentamiento de un grupo humano concreto en un punto fijo, obligó a los componentes de dicho núcleo a plantearse el afrontamiento de nuevas técnicas y de nuevas formas de organización social política y económica. De un sistema social muy simplificado se irá pasando, de manera casi insensible, a unas formas de jerarquización, división y organización del trabajo, explicación de las funciones, etc., que caracterizarán en el futuro las realidades histórico-culturales más complejas. En el terreno de la mera acción técnica se comprueba, por ejemplo, cómo se concreta definitivamente un fenómeno cultural de extraordinaria importancia histórica: al hacerse más difícil –a causa del mismo sedentarismo, entre otras razones– la persecución de la caza mayor en sus largas migraciones, fue preciso que los hombres implicados en los grupos sociales mencionados aprendiesen a domesticar los animales más necesarios, naciendo de esta forma una actividad pastoril, ganadera y avícola como

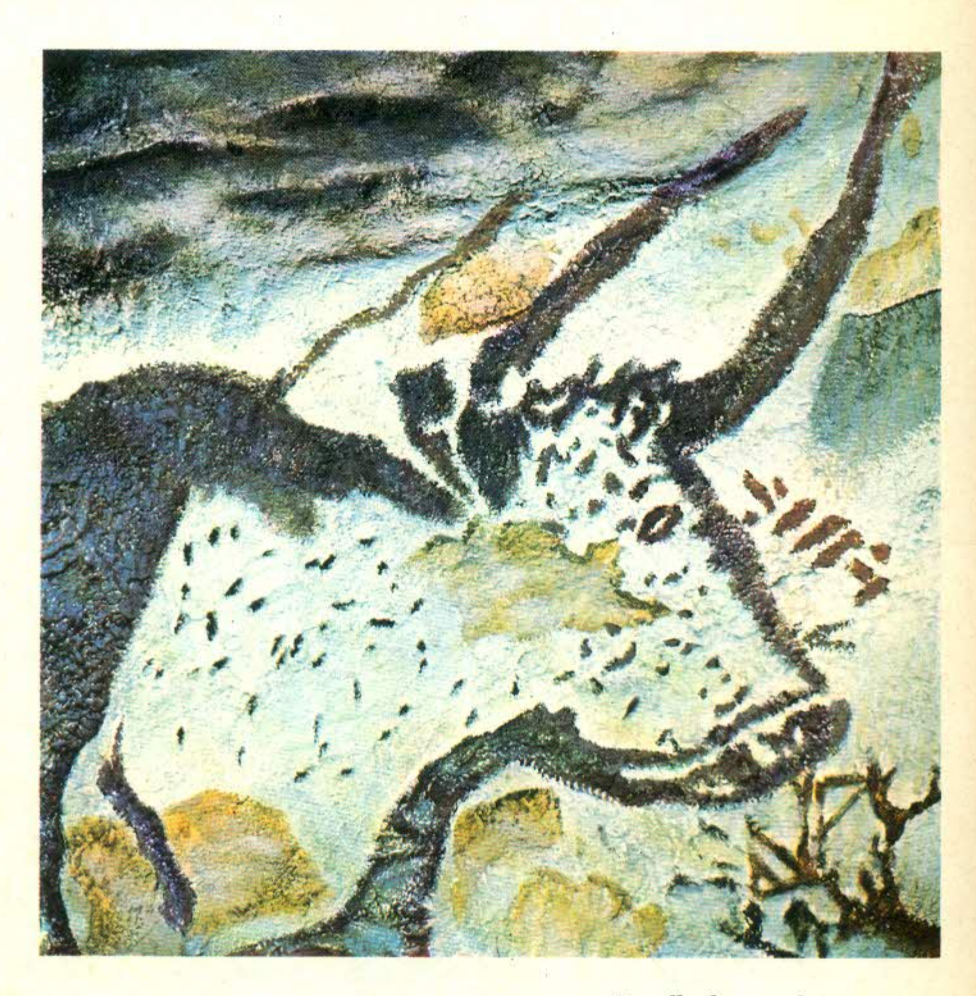
Fresco etrusco de una tumba de Tarquinia del siglo VI a. de Jesucristo, que representa una escena de pesca y de caza con honda, actividades elementales a que se dedican todos los pueblos primitivos.



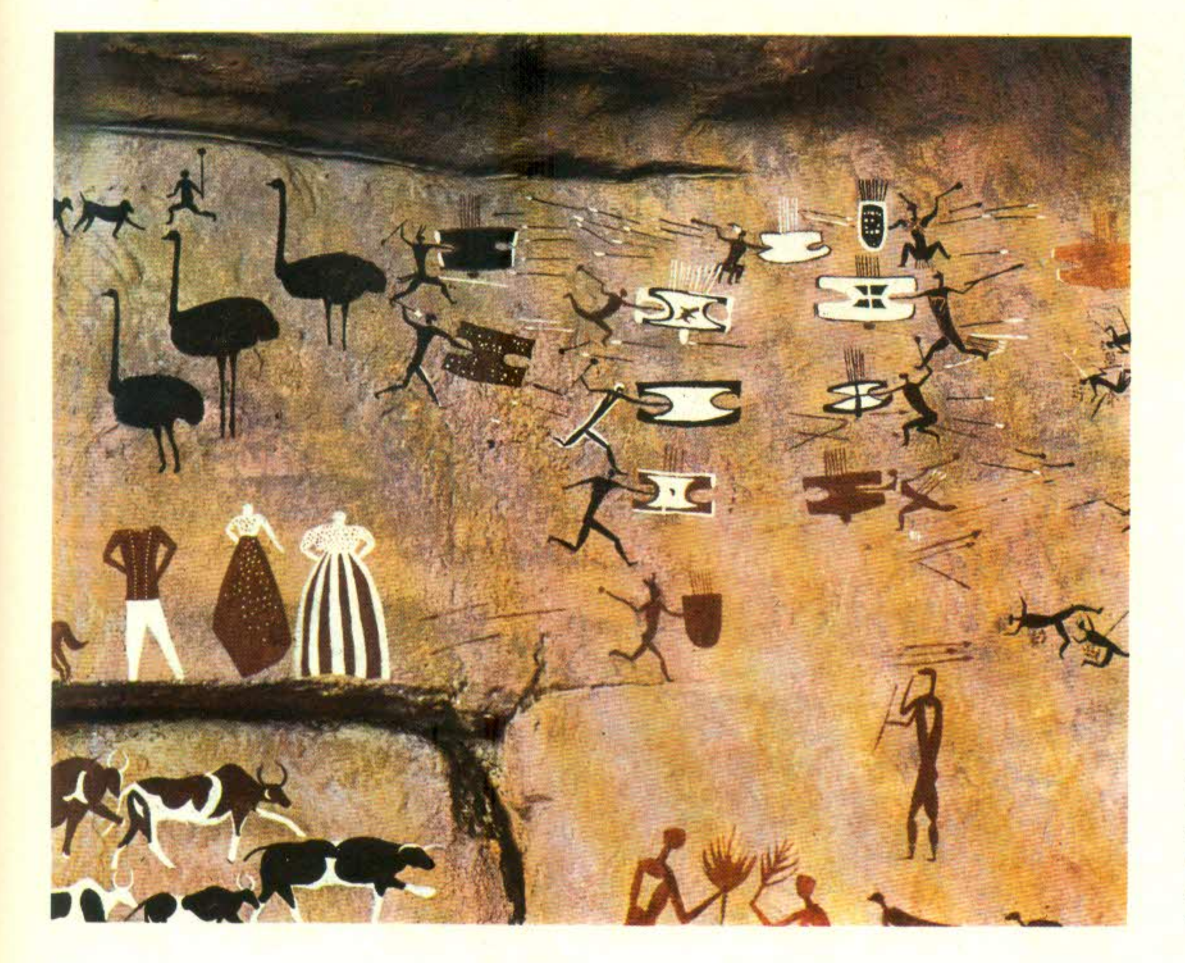
complemento de la agrícola y diferenciándola de aquella otra actividad ganadera (de beduinos, etc.) que seguirá representando aún el mantenimiento de pastos (por necesidades de búsqueda de sectores de pastos espontáneos, etc.).

El ámbito de la revolución neolítica, surgida –según hemos dicho– de los valles del Nilo y de los ríos de Mesopotamia, iría extendiéndose a lo largo del mundo mediterráneo, a través de mil modalidades, animando fórmulas africanas y europeas y adentrándose en zonas europeas geográficamente muy alejadas del clásico *Mare nostrum*. Esta misma extensión da idea de la complicación y repercusiones del conjunto de fenómenos tecnoculturales del neolítico, que dibujan incluso los puntos de partida de lo que después se tenderá a denominar historia de Occidente. Es decir, sin el neolítico no es posible hablar ni de griegos ni de romanos, del mismo modo que no podríamos hablar de iberos, celtas, galos o germanos.

En la línea apuntada –y tal como se ha indicado previamente– la complicación de las técnicas, la misma realidad sedentaria, etcétera, implicarían una mayor complejidad de la vida política y económica, planteando la necesidad de una sistemática mayor de las relaciones sociales y de la organización



Detalle de una pintura rupestre de las cuevas de Lascaux que reproduce la cabeza de un toro. Al aumentar la dificultad de cazar los animales, el hombre primitivo aprendió a domesticar los que le eran más necesarios.



Pintura rupestre de los bosquimanos en la que, junto a la clásica escena de caza, aparecen animales reunidos, probablemente domesticados por el hombre (Museo del Hombre, París).



En una aldea del norte de Ghana, esta indígena se ocupa en desgranar y triturar el maíz.

política. Así, se fue trabando lo que algunos autores denominan "larga era del reino del padre". Poco a poco, explicaciones, organizaciones y formas jerárquicas surgidas de realidades concretas irían arraigándose de forma extraordinaria, creando fórmulas, costumbres, conflictos y fricciones que durarían hasta nuestros días. Resumiendo, poco a poco, los hombres del área neolítica fueron consiguiendo, a través de niveles y modalidades distintos, un mejor conocimiento de la naturaleza y de las posibilidades de actuar sobre ella; fueron aprendiendo y transmitiendo nuevas técnicas y consiguiendo mejores y mayores plataformas de desarrollo económico y social. Este desarrollo, acompañado del crecimiento demográfico, de la expansión de los núcleos concretos sobre zonas geográficas concretas, etc., fue aparejando la aparición y desarrollo de formas y sistemas sociopolíticos y económicos cada vez más complejos.

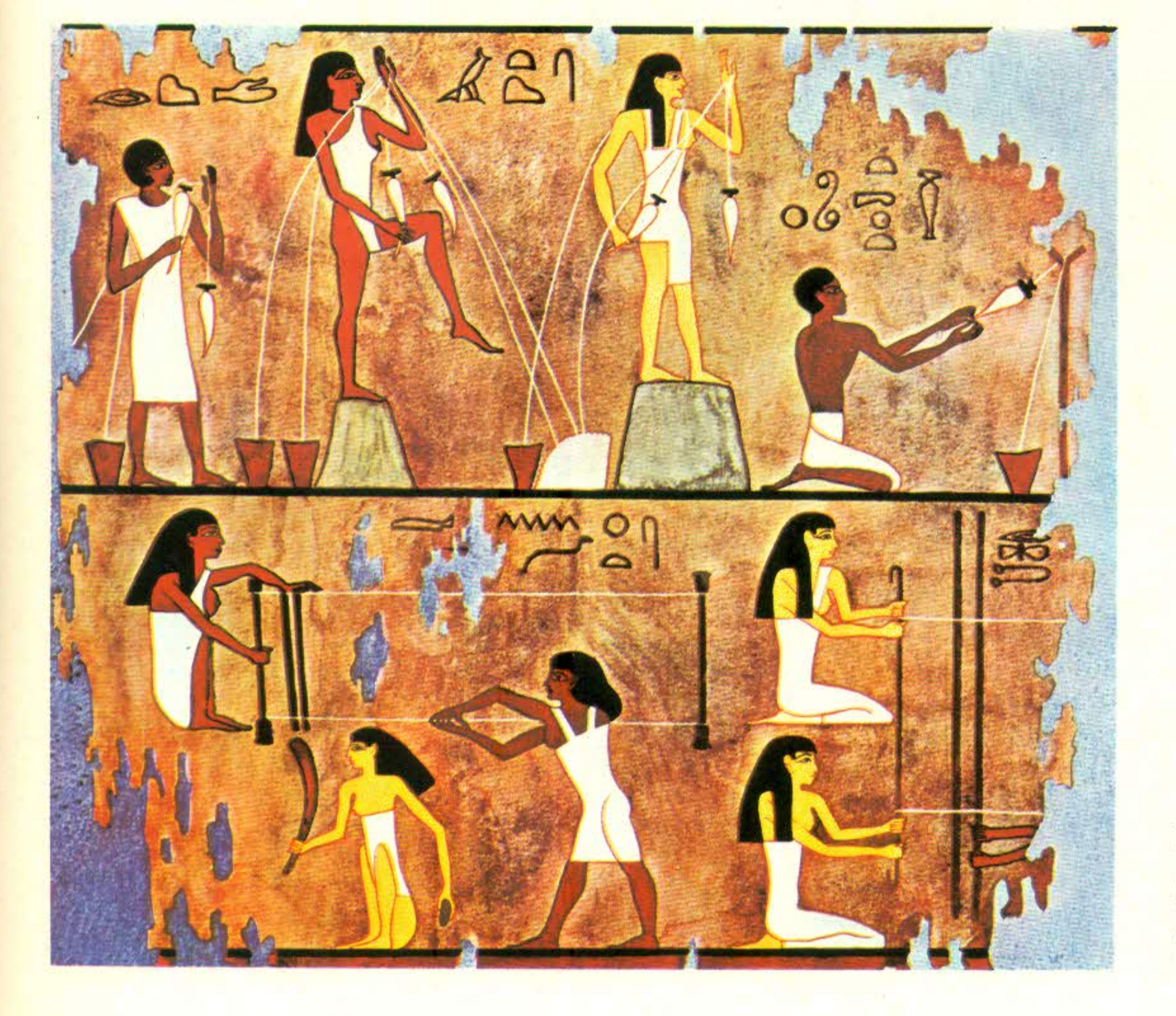
No es un mero capricho el hecho de que los historiadores, tradicionales y modernos, hayan colocado la frontera de la protohistoria y la historia en el neolítico. Si, tal como antes hemos apuntado, Historia es algo inseparable de trabajo y cultura, las modalidades más definidas de un origen de formas de trabajo productivo y de cultura plena deben

buscarse en la revolución neolítica y la considerable dinámica colectiva que tal revolución impuso. En pocas palabras, nuevos progresos de diverso tipo, nuevas realidades de civilización irían surgiendo paralelamente al desarrollo de los avances técnicos generados por el movimiento del neolítico. De este modo, por ejemplo, es posible asistir al paso de las típicas culturas neolíticas a las metalúrgicas de diverso tipo; poco a poco se irían produciendo diversas formas de perfeccionamiento de los sistemas de cultivo y riego; poco a poco, pero de forma constante y progresiva, se asistiría a la complicación y evolución de las diversas formas de intercambio y trueque de productos, iniciándose así las actividades mercantiles. Paulatinamente irían apareciendo instrumentos de repercusiones formidables en la historia humana: moneda, alfabeto, etc.

El progreso técnico-científico será desde el neolítico una constante de la historia humana y con él aparecerá, inseparable, una fenomenología creciente de complejidad político-social. Si del neolítico se derivan formas de civilización que tipifican al agricultor y al comerciante, desde la misma época debemos tener en cuenta el desarrollo de las



Vasija de cerámica del neolítico superior hallada en Rumania (Museo de Historia, Moldavia).



Fragmento de una pintura de 1800 a. de J. C. descubierta en una tumba de Egipto que ilustra las operaciones del hilado y el tejido en aquella antigua civilización.



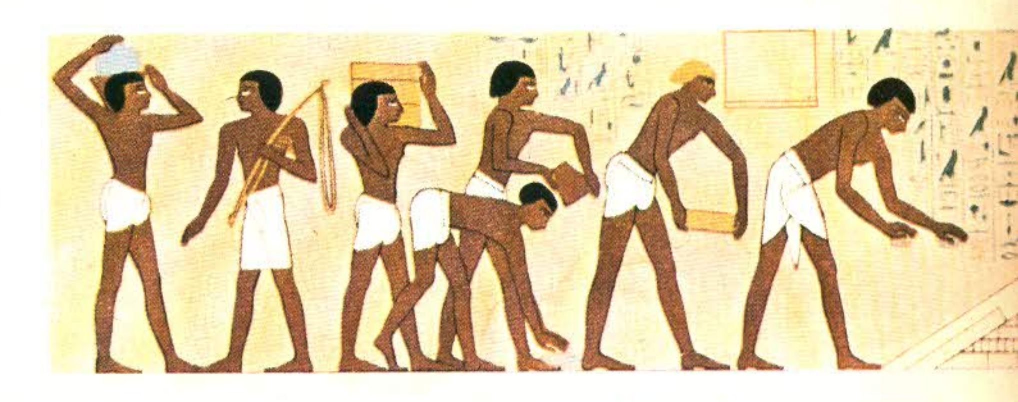
En primer término, las ruinas de la necrópolis fenicia de Biblos junto a las casas de la nueva ciudad. En el neolítico, los poblados se convirtieron en núcleos constantes de residencia humana, es decir, nació el urbanismo.

ciudades, entendidas como núcleos estables y constantes de residencia humana. Con el desarrollo de las ciudades no sólo se complican las formas de comunicación y contacto entre ellas, sino que además van dibujándose nuevas formas de relación, control y servicio entre los hombres que habitan tales centros. Las formas jurídicas se convierten cada vez más en fórmulas complejas y matizadas. Asimismo, las manifestaciones del sistema político van aumentando de volumen y surgen las primeras formas organizadas de las castas militares y burocráticas, así como otras formas más sibilinas de "explicación" del sistema establecido y que coinciden con la complicación y crecimiento de las castas sacerdotales.

De esta manera fueron dibujándose, como ha quedado apuntado ya, las primeras formas históricamente conocidas de sociedad y de economía. Primeras formas que giran alrededor de dos grandes ejes: la agricultura

y el comercio, y que dibujarán las líneas de unas tendencias y tensiones multiseculares que durante siglos y siglos giran en torno a dos polos: el campo y la ciudad.

Con el paso del tiempo, la evolución general de la cultura, la ciencia y las formas socioeconómicas tenderán a privilegiar el papel de la ciudad por encima de las realidades rurales. Sin embargo, hasta épocas muy cercanas el peso del valor tierra, el peso del factor agrario, ha sido decisivo en la historia de la economía y de las realidades sociales. Si nos sensibilizamos en el conflicto y las tensiones derivadas de las líneas anteriores, es posible situar la importancia real de factores muy distintos en los primeros focos de civilización conocidos históricamente (en Egipto, en el Próximo Oriente, en China, en la India, etc.), en los que se observa que tiende a afirmarse el papel de la cultura y la economía ciudadanas, pero que, a pesar de ello, tienen su eje económico y demográfico en el mundo agrario. La realidad dominante en tales casos es, a fin de cuentas, la de la agricultura.



Pintura de una tumba de Tebas de 1500 a. de J. C. que representa a unos esclavos acarreando ladrillos para construir el santuario de Amón.

En tales ejemplos, a pesar de innegables testimonios de complejidad social y política (mandarines chinos, sacerdotes egipcios, etcétera), el conjunto sociocultural es aún relativamente primario y está lejos de presentar la madurez y coherencia que más tarde caracterizarán los grandes focos de cultura urbana del mundo clásico grecorromano. No obstante, en Egipto y en Mesopotamia empezaron a apuntarse ya los caminos hacia dicha madurez. A pesar de ello, en tales núcleos

EVOLUCION HUMANA Y CREACION DE NUEVAS NECESIDADES

Desde los orígenes más remotos de la historia, el hombre aparece como un ser en continua tensión, llamado a su continua superación. La primitiva condición humana es de absoluta indefensión y de total inanidad ante las fuerzas y obstáculos que le plantea la naturaleza. Al principio, el hombre tiene frío y hambre, se encuentra hostigado por mil tipos de animales hostiles. Debe defenderse de las cosas más elementales, debe luchar desesperadamente para no sucumbir, por conseguir la conservación de la vida, la supervivencia. Tal defensa ha dado resultados positivos gracias a que el hombre es un ser dotado de razón, capaz de hacer servir su ingenio. Tal aplicación del ingenio humano consigue no sólo que el hombre encuentre formas de supervivencia (descubrimiento del fuego, mejoras en el arte de cazar o en el de pescar, etc.), sino también que eleve su precaria condición originaria y, a partir de ella, dibuje las líneas fundamentales de la evolución humana, definidas por la búsqueda de unos hitos progresivos cada vez más ambiciosos.

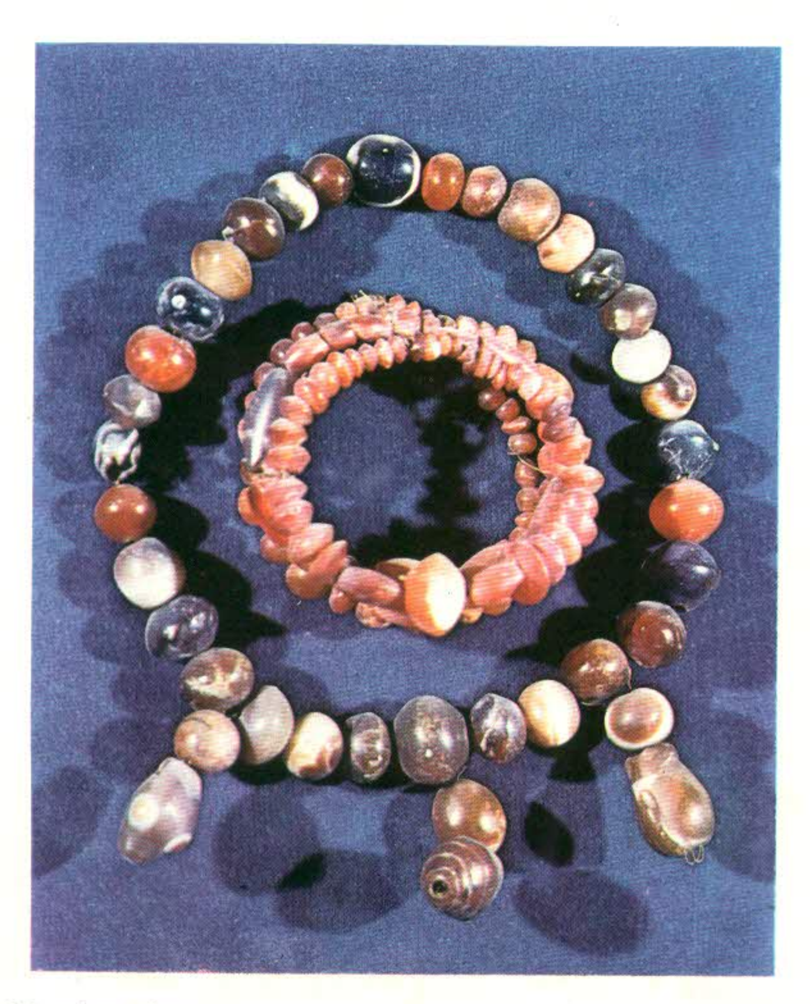
En otras palabras, solemos decir que desde un principio el hombre busca continuamente su felicidad, pero tal objetivo aparece como indefinidamente aplazado. A cada logro que permite esperar un mayor acercamiento a sus ideales de felicidad, el hombre descubre que el problema de la felicidad sigue sin resolverse. Tal aplazamiento continuo de los hitos humanos de felicidad se relaciona con un problema fundamental para la comprensión del progreso histórico: la capacidad del hombre para crearse continuamente nuevas necesidades que debe afrontar y resolver.

Es decir, el ser humano no sólo mantiene sus intereses fundamentales, sino que además mejora la primitiva condición del hombre a través de la facultad de los seres humanos de poder utilizar su inteligencia para vencer y superar los obstáculos que en cada plataforma concreta se plantean. Tal superación nos descubre al hombre continuamente insatisfecho, siempre deseoso de lograr la felicidad, pero sin alcanzarla jamás, y descubriendo al propio tiempo que, tras la resolución de cada problema concreto, se plantea un problema y una necesidad nuevos. Siempre se dibuja un nuevo horizonte que lograr, nuevas necesidades que resolver. El hombre, a través de la capacidad técnica que le proporciona el uso de la razón, consigue logros sobre problemas muy concretos y determinados, pero esta misma capacidad técnica plantea al propio tiempo nuevos hitos a cubrir.

En suma, tal como muy bien han sabido señalar diversos autores, entre ellos Ch. Morazè, el mismo y fundamental problema de su existencia obliga al hombre a pensar en las innumerables exigencias de la naturaleza y asimismo a intentar satisfacerlas con los recursos derivados de la misma, a través de las técnicas y el trabajo. Bajo el signo de este sentimiento y de esta acción, vive y se desarrolla el hombre, y en su condición original precaria y deficiente se encuentra el origen de todo desarrollo, de cualquier tipo de progreso real. En efecto, el hombre busca la manera de mejorar su condición concreta a través de un esfuerzo ingenioso, que supone la obtención de medios que le permitan un dominio más perfecto de la realidad que le circunda y, en definitiva, de la naturaleza. Pero este mismo impulso crea de forma constante nuevas necesidades, de las que derivan aspiraciones nuevas nacidas de las condiciones mejores y distintas que se han originado al superar la situación anterior. Sin duda, el deseo continuo de pasar a plataformas cada vez más perfectas forma parte de la misma historia del hombre.

Por ello se encuentra aplazado el fundamental problema de la felicidad, siempre anhelada, pero que jamás acaba de conseguirse por completo, en una complicada trama de cuestiones entre las que debería apuntarse un hecho económico y psicosociológico de importancia capital: a medida que el hombre se desarrolla, depende más y más de las técnicas que ha encontrado, de los inventos que ha conseguido. Tal perspectiva debe empalmarse con algo que ya hemos apuntado anteriormente: el hombre, usando cada vez más seriamente su razón, amplía la realidad de su primitiva condición, sin llegar nunca a saciar las necesidades nuevas que resultan de la satisfacción de las anteriores.

A. J.



Aderezos asirios de carácter totémico.

históricos el peso del tribalismo y del patriarcalismo presentaba una gran fuerza, paralelamente al arraigo de las corrientes mágicas y totémicas, vinculadas a las perspectivas sociorreligiosas del despotismo teocrático.

De acuerdo con las referencias anteriores, debe destacarse que, por ejemplo, tanto en Mesopotamia como en el Antiguo Egipto las primitivas formas de civilización aparecen relacionadas con los más típicos fenómenos desencadenados por la revolución neolítica, en la que, a pesar de los innegables adelantos efectuados, aparece una plataforma social compacta, de la que sobresalen tan sólo los jefes políticos, los tópicos señores primitivos de vidas y haciendas. Junto a ellos se iban dibujando (por necesidades sociológicas elementales) los intérpretes de los misterios religiosos. Unos intérpretes fundamentales para proporcionar una obediencia, una adhesión y una explicación "sobrenaturales" que proporcionan a los jefes políticos y económicos el *consensus* necesario para la obtención de sus fines.

Nos encontramos ante formas primitivas de explotación del hombre por el hombre, en las que el trabajo del hombre sobre la naturaleza no se efectúa de modo directo, sino que una ínfima minoría se beneficia del trabajo efectuado por una mayoría. El sistema de explotación era paralelo a un grosero y primario sistema de coacción y de represión, en el que la "explicación" teocrática era fundamental. La esencia de las cosas se presentaba ya como inmutable y cada uno debía ejercer la función que la realidad social y económica le había deparado. De esta forma, tal como antes se ha apuntado, se define el reino del padre. Patriarcalismo y esclavismo, por ejemplo, van a coexistir durante siglos y siglos, dando un testimonio irrefutable del papel desempeñado por la "explicación", más o menos mágica o misteriosa, en el funcionamiento de los primitivos sistemas políticos, sociales y económicos.

Lo religioso y lo seudomágico cuentan, pues, de manera primordial en las primeras formas históricas derivadas del neolítico. El hombre de estos antiguos estadios de la civilización se encuentra aún muy próximo a los esquemas mentales que presidieron la vida de sus antecesores paleolíticos. Cazar era una tarea "mágica"; obtener frutos abundantes para la tribu era algo "misterioso" que sólo podía conseguirse propiciando a las fuerzas ocultas o patentes de la naturaleza. Convenía estar a bien con el Sol, con la Luna, con el Rayo, con el Trueno, con la Tempestad, con la Lluvia, etc. De ahí habían ido surgiendo ritos, ceremonias, actos de culto más o menos complicados, más o menos reservados para los iniciados. Y con ellos se había afirmado el papel de los "intermediarios" con las grandes fuerzas que actuaban por encima del hombre: hechiceros, magos, agoreros, sacerdotes, etc. Por encima de todas estas novedades iban definiéndose las bases de una "filosofía" multisecular de la vida: las cosas eran como eran y nadie podía ni debía atreverse a variar el orden de lo establecido por la voluntad de los altos y ocultos dirigentes divinos.

PIRAMIDE SOCIAL TIPICA DE LAS PRIMERAS ORGANIZACIONES HUMANAS

En otras palabras, lo jurídico se confunde con lo religioso. Se debe obedecer al patriarca, al rey-padre, al soberano, al jefe, porque así lo dispone una ley, una costumbre de base religiosa. Esta relación entre lo religioso y lo jurídico es patente, por ejemplo, tanto en el Código de Hammurabi como en el Decálogo de Moisés. En ambos casos, las disposiciones jurídicas son algo emanado de la idea divina que "entrega" su voluntad a los jefes temporales, a fin de que el cumplimiento de las normas establecidas, vigilado por los dirigentes temporales, se convierta en un deber religioso. Quien viole una ley, una norma jurídica, incurre en franco sacrilegio. Al propio tiempo, no es conveniente violar las normas establecidas porque puede perderse la magia o la propiciación que ya hemos insinuado.

Así, a pesar del fuerte impulso progresivo representado por la revolución cultural del neolítico y su secuela, las posibilidades reales de libertad para la inmensa mayoría de hombres eran pequeñísimas. El margen que se dejaba a la racionalidad era muy escaso. Lo tradicional tendía a imponerse a lo original, del mismo modo que el valor tierra acababa triunfando sobre las orientaciones urbanas que trataba de abrir la vida mercantil. La fuerza política, ligada a la obediencia (devoción) religiosa al jefe, tendía a afirmarse a través de formas imperialistas en las que el control de tierras y la fuerza militar eran elementos inseparables. En conjunto, en una larga etapa de inseguridad para la inmensa mayoría de hombres y en la que la vida de una persona no valía prácticamente nada, la iniciativa personal no contaba, prevaleciendo



Pintura de una tumba egipcia de 1300 a. de J. C. A pesar de la revolución neolítica, en la sociedad primitiva sobresalen los señores de vidas y haciendas y los intérpretes de los misterios religiosos.



en todos los terrenos las derivaciones de la vinculación doméstico-patriarcal-teocrática.

Cercanas aún las más atrasadas formas de lucha salvaje y egoísta por la propia supervivencia, domina en tales sociedades primitivas una elemental obsesión: no morir. Frente a tal obsesión, los gérmenes de libertad son meramente embrionarios. Sólo unos pocos arriesgados serán capaces de situar, en la balanza que valora vida y riesgo, una opción en favor del segundo. De este modo, los hombres fueron aprendiendo nuevas cosas. Arriesgándose fueron consiguiendo los diversos conocimientos que dieron paso al desarrollo de los primeros focos de cultura: desde la utilización del fuego, el empleo de las armas para la caza y de los instrumentos para cultivar la tierra, hasta las diversas experiencias y aventuras de navegación.

La lucha entre el poder de los fuertes y la capacidad de "experimentar" de una minoría emprendedora constituye un elemento fundamental para comprender el avance de la humanidad en sus primeras etapas históricas. Fue necesario romper "tabús", "formas establecidas", etc., para conseguir avances técnicos y culturales. Sin la existencia de la minoría "emprendedora", capaz de embarcarse en un frágil barquichuelo hacia mares desconocidos o dispuesta a adentrarse, formando una caravana, por desiertos y parajes ignotos, en busca de rutas que proporcionaran riquezas, el hombre primitivo no hubiera podido mejorar su miserable condición originaria.

No obstante, las minorías emprendedoras eran mínimas y su capacidad de imponerse a las formas de tradición, al establecimiento de los esquemas del reino del padre, era muy pequeña. El miedo general era una de las características dominantes a lo largo y lo ancho de un mundo atrasado donde la actividad intelectual se encontraba muy constreñida. Lo mágico, lo religioso contribuían al mantenimiento de dicho miedo. Si un israelita, por ejemplo, se atrevía a tocar el arca de la Alianza, moriría en el acto. Sin embargo, el horizonte histórico iría cambiando poco a poco. De forma que, si bien el comercio –pongamos por caso– se encuentra muy lejos aún de situarse en fases más evolucionadas, características de épocas de la generalización de la moneda en los intercambios, se comprueba la paralela fragilidad de las formas más típicamente agrarias de la sociedad y la economía. Ello, por una parte, nos explicará el florecimiento y la persistencia de las ciudades fenicias, en estrecha relación con la aplicación de formas monetarias y coloniales, frente a la relativa precariedad representada por la sucesión de los imperios y de las etapas de hegemonía que caracterizarán la historia de los antiguos egipcios, sumerios, acadios, hititas, asirios, medos, persas y otros pueblos del Próximo Oriente. Un imperio de base más o menos militar y agraria sucede a otro, sin acabar de encontrar una satisfactoria síntesis de continuidad.

Junto a esto que acabamos de apuntar, en las riberas mediterráneas y en concreto en la propia área del Próximo Oriente tendía,

Fragmento de la estela en que se halla escrito el Código de Hammurabi (Museo del Louvre, París). Las disposiciones jurídicas emanan de la idea divina que "entrega" su voluntad a los jefes temporales, con lo que el cumplimiento de las normas se convierte en un deber religioso.





Campesino de la India labrando un campo con un arado primitivo. Es difícil idear un método más sencillo para remover la tierra.

de forma casi impalpable pero firme, a afirmarse el papel decisivo de las ciudades, con nombres legendarios y de raíz bíblica como Troya, Damasco, Jerusalén, Tiro, Sidón, etc., vinculadas de forma inseparable al papel de los periplos marítimos, más o menos fijos, y de las rutas caravaneras, es decir, unidas a un creciente incremento de las actividades mercantiles de todo tipo (tráfico de esclavos, de metales preciosos, de primeras materias, de objetos de lujo, etc.).

Así, las primeras fórmulas de realización caudillista y militar, paralelas a una economía primitiva de guerra, de extracción y despojo, fueron encontrándose flanqueadas, por una parte, por la realización, constante y pacífica, de los agricultores y ganaderos estables y, por otra, más tarde, por la de los comerciantes y artesanos, que aunados fueron dibujando, desde una concreta perspectiva socioeconómica, las líneas de fuerzas, los factores de transformación y cambio de las primeras fases de las culturas antiguas surgidas del neolítico y que llegaron a presentar su punto culminante, en pos de unos difíciles esfuerzos equilibradores entre lo militar, lo agrario y lo urbano, en la plenitud del gran Imperio persa. Desde esta perspectiva iría dibujándose la posibilidad de la aparición del mundo clásico de griegos y romanos en un momento determinado.

El motor fundamental que explica la evolución social y económica de los primitivos núcleos históricos se encuentra en la repetida voluntad de superación de los esquemas de la mera subsistencia cotidiana por parte de núcleos cada vez más amplios de hombres, de aquellos hombres capaces de arriesgarse, de cargar con la responsabilidad de "buscar" su propia libertad. A medida que vaya aumentando el número de hombres que deseen "construirse" su propio camino y no esperen la vida y la hacienda de la voluntad del padre-rey, patriarca, jefe o caudillo, se irán abriendo los horizontes de la evolución histórica. En un planteamiento abiertamente dialéctico es evidente que, a medida que aumentan las posibilidades de "vivir la vida", no sólo crece la curiosidad por conocer las realidades circundantes, sino que los beneficiarios de dichas posibilidades de "vivir" van creándose continuamente nue-



Jarra de terracota, producto de la actividad industrial de la Palestina del III milenio antes de J. C. (Museo del Louvre, París).

vas necesidades, que precisan ser cubiertas de determinada manera y cuya solución plantea, a su vez, un nivel cada vez más complejo de necesidades a resolver.

De acuerdo con este planteamiento, una serie de líneas van apareciendo cada vez más claras. El progreso social y económico guarda estrecha relación con las mejoras del nivel de vida de ciertos sectores, con la solución de determinados problemas de confortabilidad, bienestar, rango o lujo.

Si bien la evolución apuntada existió, durante muchos siglos la vida de gran número de hombres dependió, de manera fundamental y primaria, de unas fórmulas de organización política despóticas, que respondían en su marco a realidades muy atrasadas aún de las formas históricas de sociedad y de economía. Una organización política despótica, que si en buena parte respondía –tal como hemos apuntado– a formas muy simples y primitivas de vida social y económica, no dejaba de patentizar, con su continua manifestación de contradicciones y tensiones, el esfuerzo complejo (y a veces aparentemente paradójico) de inteligencia y de voluntad de núcleos diversos de hombres, que no cejarán jamás en su búsqueda de nuevas fórmulas de organización económica, de relación social y de realización personal. Fórmulas que veremos más perfeccionadas en los casos del mundo griego, helenístico y romano.

En la perspectiva señalada, durante una extensa etapa histórica se dibujarán unas líneas de enfrentamiento y de tensión que, según analizaremos con mayor detalle en capítulos posteriores, tenderán a concretarse en la lucha de las grandes unidades políticas que conocemos con el nombre de imperios, con el afán de las pequeñas unidades ciudadanas, deseosas de mantener una autonomía en todos los terrenos de la vida y mayormente empeñadas en la realización, sin trabas de ningún tipo, de las actividades mercantiles y artesanales que iban a caracterizarlas históricamente. Este enfrentamiento casi continuo de los imperios con las ciudades es una de las características de esta etapa situada entre el fabuloso arranque del mundo asiático y africano del Próximo Oriente, dando paso a la manifestación de nuevos focos de civilización en zonas del mundo mediterráneo hasta entonces incultas o dependientes en variados aspectos de los imperios afroasiáticos antes mencionados.

Lo cierto es que las diversas fases imperiales de Egipto, el esplendor hitita, la grandeza de Mitanni, el auge babilónico, el lujo cretense, el poder militar asirio, la flexibilidad política persa, etc., no fueron capaces, como ocurriría en China y en la India, de generar fórmulas estables de civilización que dieran origen a formas más avanzadas y complejas de organización humana, com-

VIDA POLITICA Y EXPLICACION RELIGIOSA EN EL MUNDO ANTIGUO

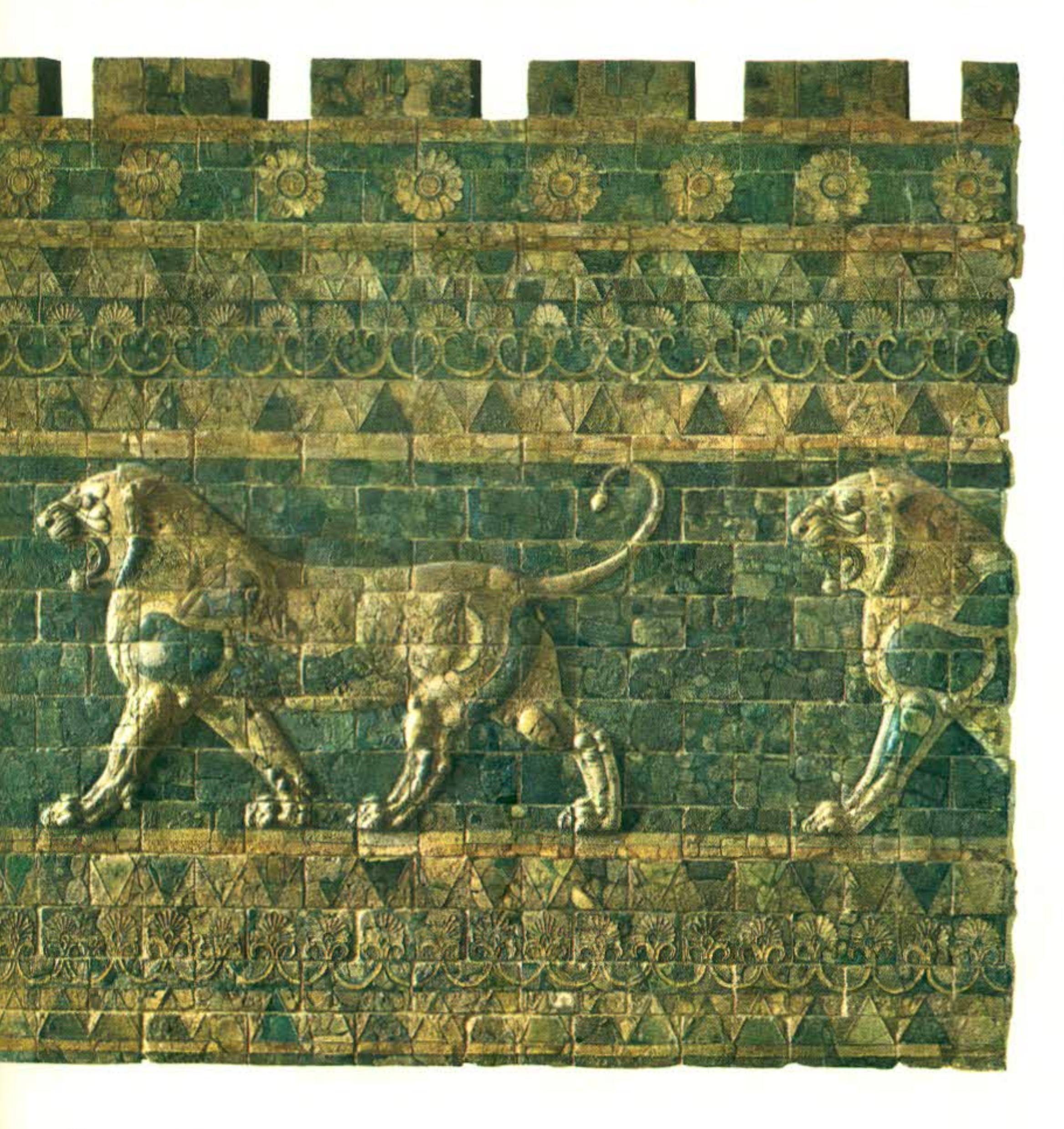
Autores como Alfred Weber o Crane Brinton exponen desde puntos de vista muy distintos, pero aportando todos ellos material intelectual muy válido, cómo se relaciona la evolución de la organización sociopolítica y de las formas religiosas en los pueblos primitivos a lo largo de la dilatada etapa primera de la historia de la humanidad. Magia, religión, miedo, obediencia, necesidades, etc., se entremezclan a lo largo de los primeros hitos de la historia humana de tal forma que su "integración" aparece tan unida que en muchas ocasiones difícilmente puede aislarse uno de los aspectos de los demás.

Un fino y profundo filósofo, Jean Lacroix, buen conocedor de la historia, ha tocado profundamente esta cuestión integrista en una de sus obras más interesantes, referente a la larga etapa histórica del reino del Padre, que ha llegado hasta épocas muy cercanas a las actuales. Concretamente, durante los primeros estadios históricos asistimos al auge de las formas patriarcales típicas, en las que se confunde la figura del jefe divino con el jefe temporal, encontrándonos ante el rey-sacerdote, el monarca-sumo pontífice, etc., con esquemas jurídicos muy simples, en los que el derecho emana directamente de las divinidades o de la divinidad, sin que haga falta recurrir al caso bíblico de Moisés, que sube al monte para retornar con las tablas del Decálogo que le entrega Jehová. En la historia gráfica de Hammurabi puede verse claramente cómo este soberano recibe su Código, su conjunto jurídico, de una divinidad omnipotente.

Todo ello nos sugiere cómo se trazaron realmente –sin difíciles "explicaciones" ni bizantinas investigaciones– los caminos paralelos que durante los primeros siglos de la historia fueron caracterizando tanto las formas de la vida política como el papel integrado de las formas seudorreligiosas y religiosas para explicar la realidad económica, social y política. Así, no sólo la magia ayudará a tener suerte en la cacería, o perjudicará a un enemigo, etc., sino que en la base de todos los sistemas se encuentra un principio común e indiscutible: todo poder, toda forma de autoridad es una emanación del poder, de la autoridad de los dioses y, por tanto, no puede ser desobedecido ni siquiera discutido.

Paralelamente, el derecho es un conjunto de costumbres naturales acumuladas a través del tiempo y a las cuales nadie puede oponerse. En otras palabras, el súbdito que no cumpliera con las prescripciones jurídicas no sólo se exponía a ser víctima del cruel castigo del rey, del poder temporal, etc., sino que además incurría en la ira de los dioses, al no aceptar ni realizar su inapelable voluntad. El derecho es mágico y nadie puede ir contra sus disposiciones, porque hacerlo supondría incurrir en un gravísimo sacrilegio, severamente castigado por la divinidad, del mismo modo que la Biblia señalaba que todo israelita que tocara el Arca de la Santa Alianza moriría en el acto. Existía, por tanto, una integración básica entre las formas prácticas de la vida política y social y el papel de lo religioso, integración de tal importancia que si no se tiene en cuenta es imposible comprender a fondo las primeras etapas históricas de la humanidad.

A. J.



Detalle de la decoración en cerámica vidriada de la parte superior de la fachada del palacio real de Susa (Museo del Louvre, París). Los esfuerzos por establecer el equilibrio entre lo militar, lo agrario y lo urbano lograron su plenitud en el Imperio persa.

patibles con el desarrollo de la vida mercantil y monetaria.

En todas partes, y ello explica la futura grandeza del mundo clásico, minorías de hombres trataron de imponerse por la fuerza sobre capas y núcleos muy amplios y heterogéneos de población, en los cuales el terror y la crueldad eran formas normales de actuación. Pero no supieron vencer ni acallar una irrenunciable vocación humana de mayor perfeccionamiento en todos los terrenos, una vocación de mejoras materiales y espirituales muy concretas y cuyo mantenimiento y defensa se irían aglutinando en los focos ciudadanos, que acabarían por manifestar al mundo las grandes posibilidades de progreso y crecimiento que, a pesar de su precaria condición inicial, lleva aparejada la misma realidad de la especie humana. Una especie cuyos componentes, por penosa que pueda ser su situación en un espacio y un tiempo determinados, no abdican jamás de unas esenciales vocaciones de humanización y libertad.

CRONOLOGIA ESQUEMATICA DE LOS PRIMEROS FENOMENOS SOCIOECONOMICOS DE LA HISTORIA HUMANA

AÑO	ACONTECIMIENTO
3000 a. de J. C.	Instalación de los semitas en Mesopotamia.
2850 a. de J. C.	Comienzo del Imperio Antiguo en Egipto.
2200 a. de J. C.	Aparición de la escritura jeroglífica en China.
1760 a. de J. C.	Primeras manifestaciones de la potencia hitita.
1675 a. de J. C.	Publicación del "Código de Hammurabi".
1500 a. de J. C.	Instalación de los israelitas en Palestina.
1300 a. de J. C.	Aparición del alfabeto. Los arios se instalan en la India.
1250 a. de J. C.	Comienzan las invasiones dorias en la Hélade.
900 a. de J. C. aprox.	Los celtas ocupan la Galia.
814 a. de J. C. aprox.	Fundación de Cartago.
753 a. de J. C. aprox.	Fundación de Roma.
680 a. de J. C. aprox.	Invención de la moneda.
622 a. de J. C.	Redacción del "Deuteronomio".
600 a. de J. C. aprox.	Fundación de Marsella.
594-593 a. de J. C.	Legislación de Solón en el Ática.
563 (?)-483 a. de J. C.	Vida de Buda.
560 a. de J. C. aprox.	Fundación de la colonia griega de Naucratis, en Egipto.
551 (?)-479 (?) a. de J. C.	Vida de Confucio.
509 (?) a. de J. C.	Instauración de la República en Roma.
508 a. de J. C.	Reformas democráticas de Clistenes en Atenas.
494 (?) a. de J. C.	Creación del tribunado de la plebe en Roma.
449-448 a. de J. C.	Fin de las guerras médicas.

BIBLIOGRAFIA

Breasted, J. H.	*Development of Religion and Tought in Ancient Egypt,* Nueva York, 1912.
Brodrick, A. H.	*El hombre prehistórico,* México, 1962.
Clarck, J. G. D.	*L'Europe préhistorique. Les fondements de son économie,* París, 1955.
Childe, V. Gordon	*Prehistoric migrations in Europa,* Oslo, 1950. – *Los orígenes de la civilización,* México, 1965.
Durkheim, E.	*La división del trabajo social,* Madrid, 1928.
Morazè, Ch.	*Principios generales de historia, economía y sociología,* Barcelona, 1952.
Obermaier, H.; García Bellido, A.; Pericot, L.	*El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad,* Madrid, 1957 (6.ª edición).
Vicens Vives, J.	*Historia general de la Humanidad,* Barcelona, 1967 (5.ª edición).
Weber, A.	*Sociología de la historia y de la cultura,* Buenos Aires, 1957.
Woolley, C. L.	*Ur, la ciudad de los caldeos,* México, 1961.



Peine fenicio de marfil del siglo XIV a. de J. C. hallado en las ruinas de Minet el-Beida, cerca de Ugarit (Museo del Louvre, París).